



editorial

Educación: ¿Palabra extraviada en El Salvador?

La educación se ha extraviado en El Salvador. Hace tiempo que no encuentra la ruta para llegar a sus destinatarios. La totalidad, o al menos la mayoría de gente del pueblo, para cuya educación se gasta supuestamente la cuarta parte del presupuesto nacional, permanece sumida en el analfabetismo total o en niveles y formas de instrucción que en muy poco o en nada han contribuido a liberarla de una conciencia ingenua-fatalista de su propio destino personal, social e histórico.

Pero en una sociedad no educa sólo ni preponderantemente el sistema escolar. Educan también los llamados medios de comunicación de masas y el Estado con su actuación objetiva que, por ser pública, es formalmente política.

En estos ámbitos, el extravío es todavía mayor y más significativo que en el ámbito escolar. En nuestro país los medios de comunicación de masas son alienantes, superficiales, tendenciosos, extranjerizantes y no hacen sino irrespetar al pueblo: a sus personas, con el consumismo que propagan; y a sus organizaciones, con la mentira política que divulgan. Lo que el pueblo puede haber aprendido, por otra parte, del funcionamiento práctico del Estado a través de su historia, es más deseducativo aún. . . y más triste.

La educación está extraviada en El Salvador. No encuentra rumbo ni senderos para transitar hacia realizaciones que nutran realmente el proceso de liberación popular. Esto hace cada vez más perentoria la necesidad de una palabra veraz y útil sobre Educación. Pero esta palabra podría también —antes, incluso, de pronunciarse— estar extraviada; ya no en el sentido simple de estar equivocada, sino en el sentido más profundo e importante de estar perdida: desperdiciada, sola. ¿A quién le interesa la palabra sobre educación? ¿Quién puede hacerla útil? ¿A quién y en qué terminos debiera dirigirse en El Salvador hoy la palabra sobre educación?

A la primera pregunta podría responderse —con cierta simpleza e ingenuidad— que hay muchas personas e instituciones a las que interesa la palabra sobre educación. Esto sería discutible, pero aceptable. El problema se complica al preguntar quiénes pueden hacerla útil; y se complica porque la respuesta es ahora menos fácil, y porque en ella radica el sentido que puede tener el pronunciar la palabra y los términos en que ésta debe expresarse.

Esto supuesto, la universidad no debe permitirse el lujo de responder con simpleza o ingenuidad. Debe entender que la palabra que pronuncie sobre educación ha de ser científica; y debe entender con tanto rigor como le sea posible cuáles y cómo son las fuerzas sociales —sólo ellas hacen útiles las palabras— que pueden incidir realmente, esto es, estructuralmente, en el proceso social del país.

De hecho, ante la evidencia empírica de estancamiento en la resolución de factores tan importantes para el proceso social del país, como el analfabetismo, la cobertura del sistema educativo, su orientación auténticamente popular, el respeto y la promoción del magisterio, etc.; ante la creciente utilización del sistema educativo con fines de dominación política; y ante el progresivo estrechamiento del espacio político concerniente a la lucha ideológica, significativos sectores sociales han ido perdiendo su fe en la educación como instrumento de cambio.

Una cierta conciencia —bien o mal fundada, pero real— de lo estéril de la crítica ideológica y del diagnóstico técnico se ha ido apoderando de sectores cada vez más amplios de educadores —intelectuales, en general— y políticos. Esta conciencia ha llegado a convertirse para muchos —y no sin razones— en certeza incontrovertible de que quienes detentan el poder no sólo no quieren la liberación del pueblo, sino que están dispuestos a frenarla a sangre y fuego; en certeza de que no sólo no van a impulsar, sino que van a impedir, que se erija un pueblo letrado e instruido, porque entonces la ignominiosa opresión de la que se benefician no podría mantenerse.



¿A quién puede dirigirse, entonces, una palabra universitaria sobre Educación en El Salvador? La pregunta es relevante porque puede traducirse, en una extrapolación legítima, a una pregunta —de mayor densidad— por las posibilidades de incidencia histórica real que tienen la ideología y las instituciones “democrático-burguesas” en un contexto y en un proceso como el salvadoreño.

La Universidad no puede hablar, de momento, a las masas populares porque para éstas, la palabra “académica” resulta ininteligible. No habla tampoco a quienes ejercen la dominación económica ni a quienes manejan el aparato político en que se sustenta esa dominación, porque en el fondo tiene ya muy poca fe en que quieran o puedan cambiar. Y difícilmente puede llegar a los sectores políticos más organizados y activos, porque en un régimen que ha abolido de facto casi todas las instancias intermedias de expresión y acción política, la premisa de muchos de los que hacen un trabajo formalmente político es, justamente, la negación radical del horizonte “democrático-burgués”.

Para nadie es un secreto que las nuevas formas de lucha política implementadas por las organizaciones populares de masas en los últimos tres años, tienden a restar posibilidades de eficacia a las formas más tradicionales, entre las que se cuenta el trabajo universitario y la incidencia en el sistema educativo formal. Y no hace falta ser clarividente —basta con no ser ciego— para entender que el escepticismo de tantas y tan importantes fuerzas sociales respecto de formas más institucionales de trabajo ideológico-político, no es sino el resultado lógico y necesario del creciente proceso de represión y marginalización generado desde el poder económico, político y militar.

De cualquier forma, lo que aquí interesa es consignar —sin juicios de valor— el estrechamiento de los márgenes de receptividad que la palabra universitaria sobre educación puede encontrar ahora en el seno de las fuerzas sociales realmente activas en el país. De este estrechamiento no es responsable la universidad, como no lo es tampoco del proceso de radicalización política polarizante; pero debe tomarlo en cuenta a la hora de pronunciar su palabra.

Todo diagnóstico tiene su margen de error. Es posible que algunas de las fuerzas sociales tengan un grado mayor de permeabilidad del que aquí parece haberse concedido, para recibir y potenciar la palabra universitaria sobre educación. Ello haría justificable el pronunciar esa palabra. Es seguro, además, que existan numerosos maestros, estudiantes, profesionales, directores de centros y técnicos del Ministerio de Educación que estén interesados en nuestra palabra sobre-educación y que puedan discutirla, recrearla y hacerla operativa y útil a niveles no estructurales. Esto último, por sí solo, haría más discutible, pero siempre aceptable, el que se siguiera pronunciando la palabra univer-





sitaria sobre educación. Y es posible, finalmente, que la palabra quede extraviada, desperdiciada, sola; inútil para importantes sectores que ya no creen en la lucha ideológica democrático-institucional porque han sido, obligados, con tanta represión, a tomar otras opciones.

Asumiendo el mejor de los casos, se dedica este número de la revista Estudios Centroamericanos ECA al análisis de la educación en El Salvador.

El momento es ambiguo para algunos de los sectores involucrados en el proceso educativo; y más claro que nunca para otros. Es ambiguo para aquéllos en quienes el Seminario Nacional sobre la Reforma Educativa logró despertar ligeras inquietudes y esperanzas y ahora prevén, sin estar del todo ciertos, que el Gobierno terminará defraudando una vez más la participación democrática. Para otros el momento es más claro que nunca. Incidentes como el reciente cateo de la Casa del Maestro, la incautación de sus bienes, el cautiverio de sus dirigentes y la desmovilización represiva de las manifestaciones pacíficas de protesta del magisterio, aunados al manejo puramente publicitario que el Gobierno ha hecho del Seminario Nacional, han contribuido a realimentar en ellos la percepción tan peligrosa de que la voluntad política del gobierno es irredimiblemente antipopular y que la plataforma educativa debiera, por ello, ser abandonada para dar paso a otras modalidades de lucha.

Esta última parece ser, mientras no se demuestre lo contrario, la posición oficial de la más importante asociación nacional de maestros. De ello dan fe los términos del comunicado en el que se explica su negativa a participar oficialmente en el Seminario Nacional sobre la Reforma Educativa, recientemente realizado. Respecto de este comunicado, podría decirse ciertamente que se basa en una concepción bastante dogmática, mecanicista, y utópicamente radical del predominio de la estructura socio-económica sobre el sistema educativo; y en un análisis estancado e impermeable, según el cual tendrían ahora plena validez los planteamientos sustentados hace diez años.

De hecho, en la posición de los maestros había principios muy discutibles a la par de grandes verdades inobjektivas. Pero lo que aquí interesa —más que analizar esa posición— es ratificar la aversión que de hecho manifiestan importantes sectores involucrados en el proceso educativo a esquemas de trabajo ideológico y político que se amolden opcionalmente a las reglas del juego democrático-institucional.

Con todo, los problemas educativos del país siguen estando allí, guardando una cierta autonomía sin menoscabo de su carácter estructural, y demandando diagnóstico científico y soluciones técnicamente buenas y políticamente factibles para beneficio del pueblo salvadoreño. A esta exigencia atendió la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas para decidir y orientar su participación en el Seminario Nacional sobre la Reforma Educativa; y el presente volumen de la revista ECA es, en una medida considerable, el fruto de esa participación.



En el terreno educativo, como en todo terreno, la crítica destructiva resulta cómoda y poco exigente. La crítica, en cambio, que asume —sin utopías abstractas, aunque con plena conciencia de las limitaciones reales— la responsabilidad de construir alternativas diferentes, pero posibles, demanda trabajo serio y solidaridad concreta y actual con las personas e instituciones que están forzadas a realizar su trabajo y su vida sin aguardar el advenimiento de grandes transformaciones sociales o revoluciones políticas. Así lo sienten, y así lo han expresado muchos maestros salvadoreños, al margen de las pretensiones de sus dirigencias políticas. Así lo sienten también varios cientos de miles de familias salvadoreñas que, sin menoscabo de su lucha contra el sistema que las oprime, deben hacer su vida dentro de ese sistema.

Lo que se pueda o no se pueda hacer con la Educación en El Salvador es algo que no puede estar dado a priori en las concepciones pseudocientíficas y pseudorevolucionarias de intelectuales o dirigentes políticos, sino que debe mostrarse con mucho trabajo, con mucha ciencia y, quizá también, con mucho sacrificio. Así parece exigirlo nuestra historia.

